

Ante el desastre educativo, otra poción de la receta neoliberal

Francisco Torres

miembro del Comité Ejecutivo de Fecode, docente de Sociales durante muchos años en el Departamento de Arauca, autor de varios libros de poesía.



pachotorresm@gmail.com

Los recientes resultados de las evaluaciones PISA han mostrado que todas las políticas neoliberales que para la educación colombiana se han implementado, fracasaron estruendosamente. Ahora la Fundación Compartir hace una “nueva” propuesta para superar el desastre, pero como señala el profesor Francisco Torres, es otra poción más de la misma nefasta receta neoliberal que apunta a mantener una educación pobre para un país pobre. **Deslinde**

El estudio de la Fundación Compartir, “Tras la excelencia docente ¿cómo mejorar la calidad de la educación para todos los colombianos?”, que ha acogido el presidente Santos como política de Estado, cubre con un piadoso manto de olvido los aspectos principales del problema educativo.

Olvido de las imposiciones de las agencias internacionales al servicio de Estados Unidos; olvido de la política que en consonancia con los mandatos imperiales han desarrollado, además de su Gobierno, los

de Uribe, Pastrana, Samper y Gaviria, para solo señalar los últimos, que han azotado la educación con privatización, promoción automática, rectores convertidos en gerentes, colegios en empresas, estándares y competencias, destrucción del preescolar, negación de la jornada única, hacinamiento de estudiantes y persecución a la autonomía educativa; olvido del recorte de los recursos perpetrada en dos reformas constitucionales; y olvido de la brutal disminución de los salarios de los maestros con el estatuto docente del decreto 1278.



Nos dicen: “hoy estamos –nuevamente- ante el primer momento de la creación, esta es la receta”. Tal y cual lo dijeron cuando impusieron todas y cada una de las reformas educativas anteriores, ante las cuales, al igual que ahora, sufrieron de amnesia repentina cuando fueron a imponer la siguiente.

La respuesta del estudio a la cadena de fracasos y desastres originados por la política educativa de las Agencias Internacionales y el Gobierno Nacional es sencilla: “de eso mejor no hablemos”. El desastre aún fresco de las pruebas PISA parece que surgió de un cielo azul: nunca hubo ministros y presidentes que rigieran la política educativa; jamás anduvieron por los pasillos del Ministerio de Educación los funcionarios de las agencias internacionales dando órdenes con el señuelo del desembolso de los créditos.

Se ha aceptado sin ninguna discusión en Colombia una presunción: que las pruebas PISA, determinadas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), son una medida adecuada del aprendizaje de los estudiantes a nivel mundial. Pero la OCDE es “el club de los países ricos”, uno de cuyos objetivos principales es, “favorecer la expansión del comercio mundial sobre una base multilateral y no discriminatoria conforme a las obligaciones internacionales.” Es

una organización de las potencias, dirigida por Estados Unidos, para, principalmente, impulsar el libre comercio. De manera clara el Polo Democrático Alternativo, ante la iniciativa de Santos de afiliar a Colombia a la OCDE, la caracterizó como “el máximo centro ideológico y publicitario del neoliberalismo en el mundo”.

Ahora bien, el Ministerio de Educación señala que “PISA tiene como propósito general obtener evidencia comparativa del desempeño de los estudiantes en las áreas de lectura, matemáticas y ciencias, y de su evolución en el tiempo. A diferencia de otros estudios, esta evaluación se concentra en las competencias y no en los contenidos aprendidos en la escuela”. ¿Por qué las competencias? ¿Por qué no el conocimiento? Lo cierto es que llevan más de una década imponiendo en Colombia las competencias y persiguiendo el conocimiento. Y el resultado es la catástrofe. No obstante, cegados por la ideología neoliberal, insisten. Dice el Ministerio que, “particularmente críticos en nuestro caso son la insuficiencia de recursos educativos, la limitada autonomía de las instituciones educativas para seleccionar a sus docentes, el bajo porcentaje de cursos obligatorios en ciencias y la tendencia a agrupar a los estudiantes según su habilidad... En contraste con países que obtuvieron los mejores resultados, sólo el 19% de los rectores colom-

bianos reportó tener autonomía para seleccionar a los docentes de su institución”.

Es en ese sentido que avanza el estudio de Compartir. Reconoce lo mal que está la educación y, al mismo tiempo, avala la política educativa que lo ha causado. A sus ojos el Estatuto Docente 1278 es un importante avance, ¿si es tan bueno por qué andamos tan mal? Tampoco el hacinamiento de los estudiantes en el aula de clase hace ningún daño, ni tiene interés la apocalíptica promoción automática. Se habla tangencialmente de jornada única sin mejora verdadera de los sueldos, sin aumento de la planta docente y sin plan de construcciones escolares.

Enfatiza en los métodos como aspecto principal de la formación docente con total desprecio por la profundización en los contenidos disciplinares. Los maestros hemos estado agobiados inútilmente desde hace decenios por cursos de didáctica. Las Facultades de Ciencias de la Educación han caído en el abso-

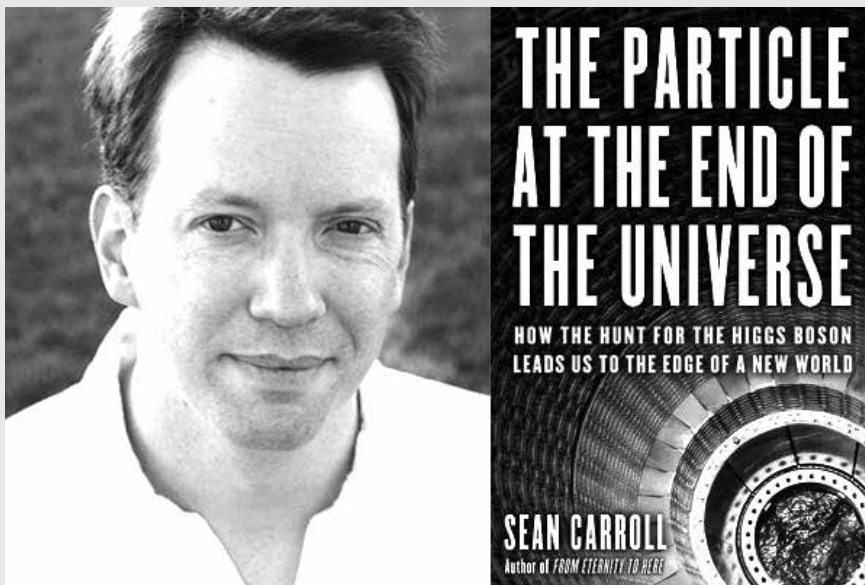
lutismo obsesivo de la metodología. Y eso ha afectado dramáticamente el nivel de sus egresados y el de la educación colombiana. Las recomendaciones sobre educación superior van dirigidas a incentivar los subsidios a la oferta para maestros. Esa política en el marco de los TLC busca que los recursos públicos vayan a los monopolios extranjeros.

Se llega a una de las conclusiones de siempre: el problema son los maestros. Nada nuevo bajo el sol neoliberal. Solo que ahora lo dicen al revés, para engañar: la solución son los maestros. Y a renglón seguido se dictamina la salida en masa de los antiguos maestros. Se plantean unos aumentos salariales para los del 1278 de un 6% durante tres años, bonificaciones monetarias y no monetarias (que no son salario y pueden desaparecer en cualquier momento), presentadas como si se les estuviera reconociendo a los docentes salarios decentes y se defiende -¡oh paradoja!- la evaluación de competencias que es el instrumento

para que no se pueda ascender. Se recomienda un aumento de la inversión de apenas el 0,2% del PIB que saldría del mismo Sistema General de Transferencias -que no alcanza actualmente-, de los salarios de los docentes del 2277 que retiren, de un impuesto a las transacciones bancarias, entre otras, que mayoritariamente irían a subsidios a la oferta.

Los maestros, en contravía de lo que plantea el estudio y es política de Estado del gobierno Santos, sostenemos: no es posible buena educación sin educación pública; no es posible buena educación sin autonomía educativa; no es posible la resolución de la crisis sin modificar la política educativa que la ha causado; no es posible mejorar la educación sin aumentar ostensiblemente la financiación; no es posible dar la mejor educación sin que la Universidad forme los futuros maestros principalmente en el conocimiento científico; no es posible una educación del más alto nivel sin buenos salarios y reconocimiento de los derechos laborales.

“La partícula al final del universo”



Sean Carroll y la portada de su libro “La partícula al final del universo”. FOTO SUMINISTRADA

Sean Carroll, *Debate, Barcelona, 2013*, 377 páginas

Finalizando el siglo XIX y empezando el XX ciertos fenómenos físicos (por ejemplo, la radiación producida por un objeto que se calienta) no se podían explicar adecuadamente en el marco de la vieja mecánica clásica, fundada siglos atrás por el gran Isaac Newton. Max Planck propuso una idea para ese entonces revolucionaria: la luz está formada por paquetes discretos o cuantos y cada cuanto, con una determinada longitud de onda, tiene una cantidad fija de energía. Nació así uno de los pilares de la física moderna, la mecánica cuántica, que se encargaría de desentrañar los secretos de la organización de la materia a nivel atómico y subatómico. Otras mentes, tan brillantes como la de Planck, fueron desarrollando el soporte matemático de la novedosa física pues cualquier teoría, además de ajustarse a los hechos que intenta explicar, debe tener sentido desde el punto de vista matemático. Este portentoso logro científico fue posible porque “El intelecto humano, guiado por las pistas que deja la naturaleza, fue capaz de dilucidar una verdad profunda sobre el funcionamiento del universo”, ha escrito en el libro aquí reseñado Sean Carroll, físico teórico en el Instituto de Tecnología de California (Caltech).

En 1897 el físico Joseph John Thomson identificó el electrón como partícula atómica; esto significó que la secular creencia de que los átomos eran entidades completamente indivisibles, fuera derrumbada. La palabra átomo (acuñada por los antiguos atomistas griegos Demócrito y Leucipo), en sentido estricto quiere decir “partícula sin división”, y durante más de 19 siglos eso se creyó cierto. Con el descubrimiento de Thomson habría que inventar un término que reflejara la nueva característica de la materia; pero “átomo” era una palabra muy antigua y de amplio uso. Entonces tenemos aquí una curiosidad lingüística: la utilizamos con un significado que no le corresponde.

La mecánica cuántica ha encontrado que la materia en su nivel más básico está formada por una compleja interacción de campos y partículas, y que estas son manifestaciones de las vibraciones de esos campos. Así, por ejemplo, los fotones (las partículas de la luz) son vibraciones del campo llamado electromagnético, como los gravitones (aún no detectados) lo son del campo gravitacional. La mecánica cuántica ha aumentado y profundizado el conocimiento de la estructura de la materia y expandido el vocabulario de la ciencia: quarks (importado de la literatura), bosones, fermiones, gluones, neutrinos, positrones, hadrones, etc.

Dados los particulares comportamientos de la materia en esos niveles (donde hasta es posible que el gato de Cheshire desaparezca dejando únicamente su amplia sonrisa), tan alejados de nuestro mundo cotidiano, newtoniano, de bajas energías y velocidades, algunas corrientes filosóficas han proclamado imprudentemente que la física de los quanta significa la “desaparición de la materia”. Vana aspiración que esconde en el fondo un intento por socavar la posibilidad del conocimiento científico del mundo.

Los experimentos a muy altas energías, como las que se alcanzan en el Large Hadron Collider (LHC) en la frontera franco-suiza, han venido dando apoyo a los presupuestos teóricos del llamado Modelo Estándar el cual describe las relaciones de las partículas que componen la materia. El protón, por ejemplo, no es una partícula infinitamente pequeña ni una amorfa masa de sustancia protónica; es una estructura del núcleo atómico donde ocurren continuas interacciones entre los tres quarks que lo forman y una gran cantidad de partículas virtuales que constantemente se crean y se desintegran. La teoría cuántica es un calco cada vez más preciso de la realidad objetiva de las partículas atómicas y brinda un conocimiento de la materia que se hace cada vez más profundo y exacto, y además muestra el carácter inagotable de la misma.

La joya que le faltaba al Modelo Estándar fue finalmente encontrada en 2012 en las intrincadas entrañas del LHC. Se